

Cultura | por:

 *Diego Zúñiga**martes 28 de abril de 2015*

El más joven

Se llama Carlos Fonseca, tiene 28 años, es costarricense y dicen que fue el alumno más brillante que tuvo Ricardo Piglia en la Universidad de Princeton. Y ahora, es el autor hispanoamericano más joven del prestigioso catálogo de Anagrama. Coronel Lágrimas es su primera novela y acaba de llegar a Chile.



© Anagrama

Iba a ser matemático. Eso quería. Dedicarse a los números, al pensamiento lógico, estudiar en alguna universidad norteamericana y perderse en ecuaciones indescifrables, complejas. Carlos Fonseca tenía catorce, quince años, vivía en Puerto Rico -aunque había nacido en Costa Rica- y se juntaba con sus amigos a hablar de eso, de números. Un grupo de *nerds*, como diría tiempo después él, que competían en olimpiadas de matemáticas y querían ser los próximos genios.

Pero algo pasó. Un par de lecturas -Bertrand Russell, Wittgenstein- y Fonseca entendió que en realidad lo suyo era otra cosa, otro pensamiento, igual de abstracto, pero más cercano al lenguaje, a las palabras, a la

imaginación.

-De repente caí hacia el lado literario y nunca más regresé a los números -dice Fonseca desde Londres, donde vive hace un par de meses junto a su mujer. La misma ciudad en la que recibió los primeros ejemplares de *Coronel Lágrimas*, su primera novela, publicada por Anagrama y que acaba de llegar a librerías chilenas. Una novela que si bien no narra una historia autobiográfica, sí tiene que ver con esos años cuando Fonseca zigzagueaba entre los números y las palabras. Porque en esta novela, lo que encontramos es la historia de un

científico, de un coronel alucinado con las ecuaciones y que ha decidido recluirse del mundo, allá lejos, en los Pirineos. Un hombre que repasa su vida, pero sin hablar de ella, sino que de otros, de aquellas vidas ajenas que lo obsesionaron y que lo muestran en su máxima expresión.

Carlos Fonseca tenía dieciséis, diecisiete años cuando empezó a alejarse de los números, y de aquella época sólo quedó algo: sus amigos, esos que sí se convirtieron en matemáticos y científicos, y que un día le contaron la historia de un hombre que le serviría como excusa -como inspiración- para escribir esta primera y sorprendente novela.

Carlos Fonseca tiene 28 años y es el escritor más joven del prestigioso catálogo "Narrativas hispánicas" de Anagrama, en el que destacan autores como Ricardo Piglia, Alejandro Zambra, Guadalupe Nettel, Álvaro Enrigue y Alan Pauls, por citar algunos de los nombres más importantes. Un catálogo en el que Fonseca es el único representante de esa nueva generación de narradores nacidos en los 80, conformada por nombres como Valeria Luiselli, Mauro Libertella y varios escritores jóvenes que están buscando nuevas formas de narrar cuando parece que ya todo está dicho y hecho.

-Yo creo que si hay algo que une a nuestra generación, es que llegamos a un lugar donde no hay eventos, donde sentimos que todo pasó y eso hace que nos preguntemos desde dónde debemos narrar. En el fondo, estamos tratando de repensar la voz del narrador y entender cómo escribir desde el siglo XXI -dice Fonseca, quien en diciembre pasado defendió su tesis doctoral en la Universidad de Princeton. Pero antes de llegar ahí, antes de convertirse en un estudiante de Literatura -el alumno más brillante que tuvo Ricardo Piglia en Princeton, como dice la contraportada de *Coronel Lágrimas*-, Fonseca era un chico que creció sin saber bien de dónde venía. Porque había nacido en 1987 en Costa Rica -el país de su padre-, pero a los siete años emigró a Puerto Rico -el país de su madre-, y entonces todo se volvió confuso.

-Cuando iba a Costa Rica, decían que era de Puerto Rico, y cuando estaba en Puerto Rico decían que era de Costa Rica, por mi acento, que se volvió de ninguna parte -dice Fonseca con un acento que, efectivamente, cuesta identificar como de algún lugar preciso. Podemos pensar en un país centroamericano, aunque a veces se le salen algunos modismos argentinos o mexicanos o españoles, incluso, pues a los 18 años se instaló en Estados Unidos y empezó a compartir con gente de distintos lugares del mundo. Si nos remitimos a su novela, en cambio, el tono más bien es neutro, contenido, preciosista, sin duda, pues Fonseca se encontró con una voz narrativa que le exigía eso: cuidar el lenguaje, tallar y detallar, cuidadosamente, la vida de este coronel.

Pero para llegar a ese lenguaje tan depurado -que no parece el de un joven principiante, sin duda-, Fonseca se formó primero como un lector, sobre todo en la universidad, cuando se instaló en California.

Se supone que iba a estudiar Matemáticas, eso les dijo a sus padres para que lo dejaran irse a Estados Unidos, pero una vez allá entró, primero, a Filosofía, y luego a Literatura Comparada. Ahí, entonces, leyó todo lo que no había leído en el colegio, donde lo obligaban a avanzar en las páginas de Miguel de Unamuno y Ortega y Gasset.

-Llegué a Estados Unidos y me puse a leer literatura latinoamericana. Yo creo que porque tomé conciencia de que no era de ahí, de que en realidad era un latinoamericano. Así que primero leí a Faulkner y después a todos los que lo leyeron a él, desde García Márquez hasta Bolaño.

Fue en esa época, de hecho, cuando escribió sus primeros textos. Y fue tanteando y probando hasta que se encontró, años después en el doctorado, con Ricardo Piglia, y le mostró su novela inédita.

CARLOS FONSECA

Coronel Lágrimas
ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

-Para todos los que tomamos clases con Piglia era algo especial -dice Fonseca, quien recuerda con cariño y admiración esos dos últimos años en que el escritor argentino hizo clases en Princeton, antes de volver a Buenos Aires-. Siempre recordaré que cuando uno iba a los cursos de Piglia era un respiro, sobre todo para aquellos que queríamos ser escritores, pero que no se lo habíamos dicho a nadie, pues la academia norteamericana es más profesional, y la literatura ahí se vuelve algo lejano.

Fonseca recuerda aquellas clases como un pequeño oasis entre tanta teoría y tantos *papers*. Recuerda a Piglia entrando a clases y diciendo, simplemente: “Vamos a analizar lo que significa narrar”, o desentrañando una novela de José María Arguedas, o hablando de esos tres autores argentinos, contemporáneos de él, que tanto admira: Juan José Saer, Manuel Puig y Rodolfo Walsh.

-Era impresionante verlo hablar de todo eso -cuenta Fonseca-. Uno simplemente se quedaba en silencio, escuchándolo. Fue una experiencia importantísima y central tener a Ricardo dentro de la academia.

Fue tan importante, que Fonseca no dudó en mostrarle el manuscrito de *Coronel Lágrimas*. Piglia lo leyó, le gustó y le propuso hacérselo llegar a Jorge Herralde. Un año y medio después de eso, le escribieron desde Anagrama para decirle que querían publicarlo.

“Entonces el resto es sencillo -escribe Fonseca en la novela-: dejarse enredar en la historia hasta ya no poder salir”. Y eso es lo que ocurre con *Coronel Lágrimas*, que está inspirada en Alexander Grothendieck, uno de los matemáticos más importantes del siglo XX, quien falleció el año pasado. Un hombre que a fines de los 80 decide autoexiliarse y luego prohibir toda la reproducción de su trabajo.

-Me acuerdo que mis amigos de juventud, esos que sí fueron matemáticos, me contaron la anécdota de que Grothendieck, como acción política, fue a Hanói a dar un curso para estudiantes graduados de matemáticas muy elevadas, que muy pocos entienden en el mundo, y todo esto en medio de la guerra de Vietnam. Y me quedó grabada la imagen de ese gesto político, que era como absurdo, y ahí empecé la novela -dice Fonseca, quien narra la biografía delirante del *Coronel Lágrimas*, una biografía que recorre el siglo XX: pasamos desde Rusia a México, y las guerras, esas guerras a las que nunca fue este coronel apátrida, que se refugió en los números mientras la vida ocurría en otra parte.

-Este tipo que lo vivió todo, al final decidió retirarse, convertirse en un ermitaño, y esto me parece muy cercano a lo que le pasó al siglo XX, que empezó muy adicto a la acción política y que terminó más sosegado, un poco más decadente. Me interesaba ese vínculo -agrega Fonseca, que se juega parte importante de la novela en una escritura muy precisa, cercana en parte a la narrativa de Zambra, aunque ahora está escribiendo una novela mucho más violenta, más faulkneriana, no tan preciosista.

-Estoy escribiendo un libro en el que quiero indagar en cómo los extranjeros alucinan con una América Latina que es más imaginación de ellos que otra cosa. Esa relación me fascina, y el hecho de estar hace tanto tiempo viviendo fuera me ayuda a mirarlo de otra forma.

Anterior [123](#)...12 Siguiente

items por página:

© Anagrama

28/04 [El más joven](#)



[Diego Zúñiga](#)

Se llama Carlos Fonseca, tiene 28 años, es costarricense y dicen que fue el alumno más brillante...

● 28/04 [Solo en la pista](#)



[Nicolás Alonso](#)

El año pasado, Jorge Drexler sorprendió con *Bailar en la cueva*, un disco que hizo un giro desde su...

22/04 [Gritar la verdad](#)

[Evelyn Erlij, desde París](#)

Édouard Louis tiene 22 años y con sólo una novela se convirtió en el fenómeno literario francés de...

22/04 [En la cabeza de un hombre](#)